



TEN COMPASIÓN DE NOSOTROS

Domingo XXVIII del Tiempo Ordinario



2Re 5, 10.14-17 | Sal 97, 1-4 | 2Tim 2, 8-13

Evangelio según san Lucas 17, 11-19

Mientras se dirigía a Jerusalén, Jesús pasaba a través de Samaría y Galilea. Al entrar en un poblado, le salieron al encuentro diez leprosos, que se detuvieron a distancia y empezaron a gritarle: ¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros! Al verlos, Jesús les dijo: Vayan a presentarse a los sacerdotes. Y en el camino quedaron purificados. Uno de ellos, al comprobar que estaba curado, volvió atrás alabando a Dios en voz alta y se arrojó a los pies de Jesús con el rostro en tierra, dándole gracias. Era un samaritano. Jesús le dijo entonces: ¿Cómo, no quedaron purificados los diez? Los otros nueve, ¿dónde están? ¡Ninguno volvió a dar gracias a Dios, sino este extranjero? Y agregó: Levántate y vete, tu fe te ha salvado.



Dar gloria a Dios es mucho más que decir gracias

El relato de este domingo presenta dos elementos clásicos en Lucas: alguien enfermo (en este caso, diez leprosos) y el pedido de compasión a Jesús para que los sane.

En el camino nos encontramos con un grupo de pobres que, agrupados, se ayudan recíprocamente, mientras esperan el día de su muerte. De todos modos, desde lejos unidos gritan a Jesús.

Jesús les da la orden de presentarse ante los sacerdotes. O sea, los invita a actuar como si ya estuvieran curados.

Una vez curados, desaparecen de escena. Solo uno comprende que algo grande se la ha regalado y “vuelve alabando a Dios”. Se suele decir que los nueve restantes son unos desgraciados. Sin embargo, Jesús no habla de la falta de agradecimiento, sino de que “solo el extranjero volvió para alabar a Dios”.

Dar gloria a Dios es mucho más que decir gracias.



“¿Te atreves a darle gracias a Dios un minuto? Recuerda algunas cosas bellas que tienes en la vida, aunque sean sencillas, y dale gracias al Señor, al Creador de todo. El agradecimiento es liberador. Nos ayuda a reconocer que detrás de todas las cosas buenas de la vida está el cariño que Dios nos tiene. ¿Cómo podrás sentirte amado por Dios si te olvidas de las pequeñas cosas lindas de la vida?” (*Un minuto para volar*, Mons. Víctor Manuel Fernández, Editorial Claretiana, 2da Ed. 2018).

Te invitamos a repasar las razones por las que agradeces y das gloria a Dios. Preséntalas en oración a los pies del Maestro.



Agradecer y dar gloria al Maestro

El evangelio nos coloca frente a dos clases de personas. Por un lado, están los que piden un favor al Señor y que, cuando por una mirada atenta lo ven actuar, avanzan por el camino de la fe para acercarse más a Él. Por otro lado, también están los que reducen su relación con Dios solo a pedir favores y, aunque se dan cuenta de la obtención de ese favor, nada cambia en su persona.

Ser discípulo es no dejar de clamar a Jesús, desde la distancia más lejana, desde la pobreza más dolorosa, desde la impureza más condenada.

Un discípulo reconoce la mano cercana y próxima del Maestro que renueva las fuerzas para seguir adelante. Un discípulo sabe que cada día acontecen mil situaciones que permiten agradecer, volver a los pies del Maestro, crecer en la relación con un Dios que es pura proximidad. Experimentar esa proximidad nos vuelve hombres y mujeres agradecidos, que llevan a su oración los muchos beneficios recibidos cotidianamente.

SEMILLERO

“El Señor Jesús no dijo: *Tu gratitud te ha sanado*. Ha dicho: *tu fe*”. La acción de gracias del leproso brota, desde lo más hondo, al saberse sanado, al descubrir las “huellas de Dios” en él. Este fragmento, que rumia el evangelio de hoy, forma parte de una obra que invita a contemplar “el encuentro de Jesús con mujeres, hombres y niños; con sabios, con gente atormentada, con cobardes lo mismo que con valientes. (...) cada uno de ellos nos ayudará a comprender qué quiere decir creer”.

El décimo leproso

“¿Por qué comenzar por el décimo leproso? Jesús le dijo: *Tu fe te ha salvado*. Puesto que nos estamos interrogando sobre esta fe, que es la que nos salva, nos urge descubrir qué ha hecho este décimo leproso.

No nos detenemos sobre su pertenencia al grupo de samaritanos. Nos ocupamos solo de lo que ha hecho.

Fue sanado de la lepra y volvió a Jesús para dar gracias. Los otros nueve leprosos también habían sido sanados pero habían continuado su camino. No regresaron. Y, por lo mismo, no escucharon la palabra: *Tu fe te ha salvado*.

El décimo leproso, sanado como los otros, él, que se sabía leproso, él sí se ha visto sanado. Se ha descubierto sano, ha contemplado la propia curación. Podemos imaginarlo. Pero imaginemos concretamente a este hombre enfermo, sufriente, excluido por su enfermedad, ¡que se ve sanado! Su carne está sana y nueva como la de un niño. ¡Imaginemos su alegría! Porque se ha mirado y se ha visto curado, ha podido nombrar a Dios que los ha curado. Pero no ha nombrado a Dios sino porque al verse se encontró sano.

(...) ¿Cuál es la curación que nos alcanza? San Ireneo habla de las ‘huellas de los dedos de Dios’ en nosotros. Es la búsqueda de esta huella divina lo que debe ocuparnos sin cesar.

La gracia de las gracias que Dios nos da es el llamado a la santidad. Este llamado debe ser el sentido de nuestra vida. Tenemos necesidad de ser santos como Dios, para amarlo como Él nos ama. (...)

Existen muchas otras gracias. Y en el hueco de nuestra mano tomamos cada año de nuestra edad para ofrecerlo a Dios, muy conscientes de que las gracias principales nos resultan tal vez desconocidas.

Gracia de alegría o de dolor para nosotros; horas plenas que hemos vivido y que nos dibujan en el rostro arrugas o cicatrices. Sacramentos que son para nosotros los acontecimientos de nuestra vida. Horas de luz, las confesiones que nos han resucitado ‘en días de nubarrones y tinieblas’.

Existen también las gracias para los otros, que pasan por nosotros. El poder del alma humana sobre el alma humana es infinito. El Espíritu es el dispensador de los misterios divinos para tareas desmesuradas. Es el Espíritu el que las realiza a través de nosotros; tal es el milagro de nuestras manos vacías.

Verse sanado consiste en conocer y vivir todo esto. Pero el Señor Jesús no dijo: ‘*Tu gratitud te ha sanado*’. Ha dicho: ‘*Tu fe*’.

Abrimos sobre nosotros mismos los ojos iluminados del corazón, como nos dice san Pablo, los ojos de la fe, y nombramos a Dios en nosotros, en torno a nosotros. (...) Nombramos a Dios sabiendo que ‘el recuerdo de una gracia pasada puede ser una nueva gracia’ (Julien Green)”.

(*Creer con veinte personajes del evangelio*, Ambroise M. Carré, Editorial Claretiana, 2008).

